

pasión: «Usted es verdaderamente una salvaje. Incluso su dulzura es una dulzura de animal salvaje. Los animales que sacan las garras son siempre mucho más dulces que los otros». ¿La amaría él sin garras, carente de firmeza e iniciativa? Probablemente, no. En esa torsión, el móvil profundo de la amante se enmascara por momentos en una madre compasiva, moldeadora, nutricia, cuyo instinto apremiante conduce a un círculo vicioso: «Entre la fatiga de su rostro y la dureza de su corazón –comenta ella–, estoy perdida. Es esto lo que me hizo llorar ayer por la tarde. Es esto lo que me hace débil. Cuando usted se haya curado, yo estaré enferma».

En un período de mayor hostilidad, hacia 1941, el deterioro del pacto amoroso –el dominio frustrado– vuelve intolerable la tensión emocional: «Eres un farsante –afirma Victoria–. Pero no es para hablarte de esto que te escribo y hace mucho tiempo que he perdido las esperanzas en tu capacidad de ver claro dentro de ti mismo». Observando los matices de la pasión extinta, no sorprende en exceso descubrir cómo Victoria rompe el encuadre. De hecho, no sólo protege a Caillois en su matrimonio con la joven que acaba de tener una hija de él. También financia la revista de su antiguo amado, *Lettres Françaises*, e incluso resuelve alojar a la nueva pareja.

Sus diálogos epistolares canalizan, en última instancia, una serie de afinidades, una realidad complementaria que no desdeña el citado encadenamiento materno-filial, siempre interpretable. No es por un simple azar que Victoria sea la consejera de Roger en la nueva incertidumbre amorosa. Cuando pasa esto último –se divorcia en 1948–, Roger pide consejo a su protectora: «En un sentido estoy encantado de volver a ser libre, pero ella me deja libre en el momento en que me ha hecho perder el gusto por la libertad». Perdura, pues, la mitología privada de los inicios, ya corregida por los años, menos misteriosa y obsesiva pero no despojada de herencias. En 1955 se confirma la caída de Perón y Caillois escribe: «Me alegro contigo que la pesadilla haya llegado a su fin». En lo sucesivo, el epistolario será un ejercicio de reconocimiento, enriquecido de inesperadas revelaciones, conjeturas y desdichas. Una conversación que se acomoda al ocaso y procura organizarlo, incluso en los instantes más dolorosos, pues también el dolor es parte de la trama.

En suma, leídos a la distancia del tiempo, estos mensajes recuperan las circunstancias y las fechas hasta completar un esbozo de autorretrato, donde cumple descubrir un valioso y a veces desapacible panorama de la sociedad y de la vida literaria de su época.

Alivio de luto, Mario Delgado Aparain, *Alfaguara*, Buenos Aires, 1999, 243 pp.

Las asimetrías de un excéntrico sirven de argumento a esta novela que capta las posiciones fascinantes, y caricaturescas si se quiere, del pueblo de Mosquitos. Según se nos dice, el protagonista, Gregorio Esnal, es «un aficionado al conocimiento de los hechos inservibles de la historia universal y a las emisiones radiales de onda corta». Un hombre de ojos enrojecidos por la lectura, rechazado por muchos de sus vecinos y proclive a las empresas delirantes. Desde cualquier ángulo que se intente percibir la extravagancia del personaje, aparece siempre ese estado mental suyo, casi patológico, que se caracteriza por el trastorno de sus relaciones con los demás. Afortunadamente para él, este orden vital va a revolucionarse cuando Gregorio, este don nadie algo strafalario y borrachín, nunca lo bastante acosado, agote sus maneras de seducción como responsable de un curso de Historia de la Humanidad en la Casa Cultural de Mosquitos. Cosa curiosa: destacan entre sus primeros alumnos una docena de amas de casa, cuatro burócratas y tres poetisas solteras. Traduciendo el nuevo compromiso, va a ser precisamente ese alumnado tan insólito el primer motor del cambio: lo adormecido se

despierta y Gregorio encauza una inesperada subversión.

El hecho de examinar las frustraciones con ironía y llaneza caracteriza el quehacer narrativo del uruguayo Mario Delgado Aparain (Florida, 1949), docente, periodista y autor de la novela que comentamos. Con habilidad para el retrato en miniatura, ha sabido transmitir ternura por los personajes sencillos, ocupados en tejer y destejer su pequeña revancha frente a quienes imponen su dominio. En la hora de los imperativos y la pasividad consentida, cuando es clara la pauta social, los actores de esta comedia vienen a poner en tela de juicio ciertos convencionalismos, dignidades y aprensiones, cargados en la actualidad latinoamericana. En suma, nos hallamos ante una pieza de ágil lectura, ocurrente, trazada con ingenio y claridad expositiva.

Cabe inspeccionar las hechuras literarias del escritor en sus anteriores entregas: dos libros de cuentos, *Las llaves de Francia* (1981) y *Causa de buena muerte* (1982), y cuatro novelas, *Estado de gracia* (1983), *El día del cometa* (1985), *La balada de Johnny Sosa* (1987) y *Por mandato de madre* (1996).